

Periodismo, discurso y realidad Colombiana: los asuntos étnicos entre invisibilización y exotización mediática

Alì, Maurizio

Preprint / Preprint

Arbeitspapier / working paper

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Alì, M. (2009). *Periodismo, discurso y realidad Colombiana: los asuntos étnicos entre invisibilización y exotización mediática*. Bogota: Universidad Santo Tomás, Facultad de Comunicación Social para la Paz. <https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:0168-ssoar-64859>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY Lizenz (Namensnennung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier: <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY Licence (Attribution). For more information see: <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0>

INVESTICOM 2009

**FACULTAD DE COMUNICACION SOCIAL PARA LA PAZ
UNIVERSIDAD SANTO TOMAS DE AQUINO
BOGOTA DC – COLOMBIA**

**PERIODISMO, DISCURSO Y REALIDAD COLOMBIANA:
Los asuntos étnicos entre invisibilización y exotización mediática**

MAURIZIO ALÍ*

*Periodista e investigador italiano. Docente de la Facultad de Comunicación Social para la Paz de la Universidad Santo Tomás de Aquino. Coordinador del ensis “Comunicación en Conflicto”. Magíster en Geopolítica de la Universidad “La Sapienza” (Roma, Italia) y Magíster en Antropología de la Universidad de Los Andes (Bogotá, Colombia). Miembro de la Academia Italiana de Ciencias Humanas y Sociales (ASUS), de la Orden Italiana de los Periodistas (ODG), de la Federación Colombiana de Periodistas (FECOLPER) y de la Federación Internacional de Periodistas (FIP/IFJ).

RESUMEN

La presente exposición quiere ser una reflexión sobre los vicios y las virtudes del periodismo con relación a los asuntos étnicos. Los medios de información del continente latinoamericano han desarrollado una visión “colonial” y hegemónica del problema, creando una meta-realidad excluyente que ha imposibilitado el desarrollo de relaciones pacíficas hacia las comunidades indígenas de sus

diferentes países. Esta meta-realidad se quiere sencilla y, por esta razón, los medios masivos se apoyan en la construcción de experiencias estereotipadas, sin complejidades. Sin embargo, es posible una visión optimista de la cuestión (que comparte la perspectiva de Antonio Negri acerca de las “grietas” del Imperio), mirando a las posibilidades que ofrece el periodismo comprometido para la paz.

PALABRAS CLAVE

Minorías étnicas, periodismo, medios de comunicación alternativa, violencia cultural, discriminación

TABLA DE CONTENIDO

Introducción

1. El periodismo colombiano: ¿espacio colonial?
2. Periodismo y asuntos étnicos: crítica de cuatro atajos analíticos
3. Asuntos étnicos y estereotipos
4. La moral periodística “entre ética y étnica”
5. Las soluciones plausibles
6. Reflexiones finales y conclusiones

Bibliografía

INTRODUCCIÓN

“Hay un único lugar donde ayer y hoy se encuentran, se reconocen y se abrazan, y ese lugar es mañana. Suenan muy futuras ciertas voces del pasado americano muy pasado. Las antiguas voces, pongamos por caso, que todavía nos dicen que somos hijos de la tierra, y que la madre no se vende ni se alquila. Mientras llueven pájaros muertos [...] y se convierten los ríos en cloacas, los mares en basureros y las selvas en desiertos, esas voces porfiadamente vivas nos anuncian otro mundo que no es este mundo envenenador del agua, el suelo, el aire y el alma. También nos anuncian otro mundo posible las voces antiguas que nos hablan de comunidad.” (Galeano, 2005: 32-33)

Las voces a las cuales hace referencia el intelectual uruguayo Eduardo Galeano son voces antiguas, es verdad, pero vivas y todavía silenciadas. Son las voces de aquellos millones de indígenas que, un tiempo, fueron los pobladores de este continente, esta América que se prefiere Latina para olvidar su alma nativa. Las voces que no encuentran espacio en los medios de comunicación debido a su carácter poco comercial.

“El indio no vende, hermano. A menos que no tenga un par de plumas en la cabeza...”. Terminó así, hace pocos días, una discusión que tuve con una colega periodista de una importante casa editorial colombiana. En sus palabras, encontré la síntesis de la hipócrita situación que tienen que enfrentar las minorías étnicas de este país (y del continente entero): la cotidianidad a menudo trágica del indígena, tildado en este caso de “indio” (sinónimo de sucio, para muchos), no tiene interés editorial, es decir comercial. Está claro: *“el indio no vende”*. Como no ha vendido durante cinco siglos de conquista, de saqueo o, como prefieren algunos, de “colonización”. En realidad, lo que vende es “la cara exótica” de esta América: cuerpos perfectos adornos de coloridas plumas de guacamayas, bailes rítmicos y movimientos fluidos, rituales misteriosos y prácticas inexplicables. En

fin, la selva, esta tierra de nadie que nos describió magistralmente el periodista y escritor Joseph Conrad (2004. [1898]) y que la antropóloga Margarita Serje ha identificado como el lugar de frontera donde los frágiles gobiernos de los países en vía de desarrollo, y específicamente Colombia, no consiguen ejercer plenamente su soberanía arbitraria (Serje, 2005). Es esta visión aproximada y superficial que tuve que enfrentar cuando, intentando hacer publicar una nota sobre una comunidad de indígenas Arhuacos de la Sierra Nevada de Santa Marta, tuve que convencer al editor encargado que sí, en el Caribe colombiano existían poblaciones nativas que vivían a casi 4.000 metros de altura. Para él era imposible: en su razonamiento, fruto de la humanísima costumbre de basar sus fuentes de conocimiento en los medios de comunicación (posiblemente en su versión “ligh”), *“indígena=selva=Amazonia”*. Además, el hecho que los pacíficos Arhuacos no presentaran rastros de canibalismo u antropofagia en sus practicas culturales diarias no hizo que empeorar las cosas: la tajante conclusión del editor fue que *“si no son salvajes no son indígenas”*. Obviamente, la nota no se publicó. En su lugar, han preferido un publireportaje sobre el turismo en Providencia. Desde aquel entonces, muchas comunidades indígenas de la Sierra Nevada han seguido siendo desplazadas. Tal vez masacradas. Sin embargo, *“en la tele no pasó”*. Y aunque hubiera pasado, las audiencias pasivas a las cuales los medios masivos se dirigen les hubieran preferido algo diferente. “Entretenimiento” lo llaman...

1. EL PERIODISMO CRIOLLO: ¿ESPACIO COLONIAL?

Las lógicas de dominación hegemónica que han sido establecidas en el continente (y en todo el Sur del mundo) se basan en un esquema de reproducción del poder que hace de América Latina aquel cementerio de élites del cual nos hablaba, hace casi un siglo, el sociólogo italiano Vilfredo Pareto (1968 [1916]). En este continente, siguiendo la perspectiva de Pareto, se han desarrollado grupos de poder -esto es, élites- que tienen a la vez, volviendo a una diferenciación ya descrita por Machiavelli, actitudes de leones o de zorros. En el primer caso, usan la coacción, la fuerza (la *macht* weberiana) para imponer su soberanía; en el segundo caso, usan la persuasión y el enmascaramiento (la *herrschaft*): lo que, en la literatura académica llamamos propaganda y que, más prosaicamente, tendríamos que definir “mentira” (una extensa disertación sobre el argumento se encuentra en Chomsky, 1995). Es el poder de “la mentira que convence” que, a largo plazo, gana la competencia, puesto que se apoya en una legitimidad más estable y duradera: sabe transformarse en realidad.

Esta forma de control social, que ha permitido a los integrantes de las élites continentales aprovecharse de manera incontrolada de los recursos naturales y de la mano de obra nativa y afrodescendiente, se basa en un capitalismo (esta vez sí, salvaje) que ha ido siempre de la mano con los medios de comunicación que han formado nuestra “Cultura Latinoamericana” (con la mayúscula porque oficial, institucional e instrumental): un imaginario que, a pesar de su ímpetus apologético, se ha quedado nacionalista, populista y, al fin y al cabo, frustrado en el innatural intento de esconder su real identidad. Una identidad que, por lo menos estadísticamente, tendría que ser más afro-indígena que euro-estadounidense, más femenina que masculina, más víctima que estrella y que, paradójicamente, se ha transformado en un ser que, como en un patético Carnaval, se disfraza y se vuelve blanco, macho y vencedor. La información de régimen crea mitos asociados a las proezas futbolísticas del “pibe” Diego Armando Maradona o a las

riquezas del “patrón” Pablo Escobar, dejando de lado los sufrimientos que tienen que padecer cotidianamente los más de doscientos millones de pobres del continente (que, no sobra recordarlo, son en su mayoría afrodescendientes y nativos).

El capitalismo “de rapiña” que opera desde hace cinco siglos en el Continente ha necesitado, entonces, de una ciudadanía dócil y respetuosa de aquel espejismo que aquí llaman “democracia”: y para alcanzar este objetivo se ha apoyado en aquellas “industrias culturales” que, como reconocieron los científicos sociales asociados a la Escuela de Frankfurt ya a partir del 1930, no son solamente empresas dedicadas a la producción de servicios: son estructuras que, con el objetivo de acumular ganancias (lógica constitutiva de las corporaciones capitalistas), crean meta-realidades en las cuales las audiencias se vuelven domesticadas y dispuestas a deshacerse de sus responsabilidades ciudadanas para rebajarse al papel de meros consumidores.

El análisis de las estructuras de la posmodernidad, con las diferentes perspectivas que le dieron Michel Foucault, Pierre Bourdieu, Jean Baudrillard, Teun Van Dijk, Ernesto Laclau (solo para citar algunos ejemplos paradigmáticos), siempre ha considerado la influencia creciente que los medios de información tienen para el establecimiento de una “masa social” indiferenciada sea en su aspecto formal sea en su homogeneidad de pensamiento. La fantasía cinematográfica nos perfila desde un “efecto Matrix” hasta un “universo Truman Show” en los cuales la realidad de nosotros ignaros ciudadanos-consumidores resulta manipulada por meta-poderes que, por su identidad “meta” –es decir, superior- quedan difíciles de identificar y, por supuesto, responsabilizar.

Los mismos ciudadanos-consumidores, incapaces de “recordarse” de su paisaje social de referencia, prefieren entonces aturdirse con eslóganes que, a pesar de su carácter eminentemente publicitario, inundan los espacios de información de

los medios masivos. Nada nuevo: la reflexión periodística ha dejado el paso a la noticia “spot”, la frase “memorable”, el juego de palabras que “dispara el audience”. Es así que, en esa *“tierra del olvido”* que es Colombia, se crean imágenes como aquella de *“la mejor esquina de América”*, de un pueblo *“echado pa’lante”* que canta feliz: *“¡Colombia es pasión!”*. Un pueblo que, como en el imaginario macondiano de Gabriel García Márquez, vive hipnotizado en un realismo mágico (la meta-realidad) anacrónico y “marciano”. Los encantadores de serpientes, en este caso, han sido las industrias culturales nacionales y multinacionales, que a través de su “inmensa” producción, por lo menos en términos cuantitativos, han impuesto en todos los campos de la Cultura (de nuevo, con la mayúscula) unas identidades coloniales construidas para satisfacer los gustos y las necesidades de una reducida minoría (las élites). Todo hubiera resultado más sencillo, pero, si no hubiesen aparecido antagonistas como aquellos periodistas libres y los voceros de la sociedad civil que, por culpa de aquella paradoja intrínseca del capitalismo que Marx describió hace algunos años (Marx, 2000 [1867]), siguen teniendo voz y eco en los medios de información. Una paradoja que el periodista y director de cinema estadounidense Micheal Moore explica en función de la codicia ciega que anima el comportamiento de las grandes corporaciones mediáticas (Achbar, 2003). Efectivamente, como él mismo admite, la mayoría de sus ganancias tienen como origen el canal televisivo Fox, el mismo canal que ha sido durante años el “acusado numero uno” de los documentales de denuncia que el mismo Moore dirigía. Es increíble, pero mírenlo así: Moore acusa a Fox. Las audiencias quieren ver los documentales de Moore. Fox adquiere los derechos de transmisión de las obras de Moore en las cuales se acusa a la mismísima empresa Fox. Pero a Fox no le interesa, porque Moore vende y Fox gana. A través de este mecanismo radicalmente maquiavelico, un periodista como Micheal Moore pierde su “poder de chantaje” hacia las estructuras institucionales de poder. En otras palabras, las multinacionales de la meta-realidad han encontrado en el mercadeo estratégico una forma de combatir y, a menudo, silenciar el periodismo que investiga, que denuncia y que quiere dar voz a las

victimas de las injusticias perpetradas en nuestro afán de una “modernidad a toda
cuesta”.

2. PERIODISMO Y ASUNTOS ÉTNICOS: CRITICA DE CUATRO ATAJOS ANALÍTICOS

Este escenario “Matrix” se está configurando en un contexto contradictorio: de un lado, las Constituciones de los países latinoamericanos (también aquella colombiana, del 1991) otorgan derechos colectivos sobre una parte (reducidísima) de los territorios que los indígenas ocupaban tradicionalmente; y de otro lado, asignan un valor prioritario a las políticas estratégicas de apertura económica del continente. Para estos efectos, la titulación colectiva se volvió un obstáculo frente a los programas de desarrollo previstos por el esquema productivo global. Como anota Porto-Gonçalves, una de las causas de las masacres que se han realizado en el continente durante los últimos años puede ser atribuida a este mismo proceso de atribución territorial, reconocido en las Cartas Magnas, debido a que, de una cierta manera, ha “motivado” a los titulares de los derechos sobre las tierras objeto de conflicto para resistir a quienes intentaban sustraérselas, estimulando un aumento de la violencia en su contra por parte de los criminales (2006). En el caso colombiano, desde la emanación de la Constitución Nacional, millares de indígenas en todo el país han tenido que sufrir el impacto del desplazamiento (Villa, 2005). A este proceso de destierro ha seguido, generalmente, una ocupación del territorio por parte de los actores armados, la venta ilegal de los títulos colectivos a empresas privadas o prestanombres, la deforestación de las áreas de bosque y una conversión del uso de la tierra orientado a la expansión de los cultivos agroindustriales (sobre todo de palma africana y de coca. Romero, 2003).

Este escenario contradictorio, sin embargo, no parece presentar mayores intereses en la mayoría de los medios de comunicación, los cuales prefieren evitar el cubrimiento de temas “complejos”. En la eventualidad en que se encuentren obligados a tratarlos, en general, tienden a simplificarlos, acudiendo a una serie de “atajos” analíticos cuya función es exactamente aquella de evitar un análisis

crítica, por parte de las audiencias, de los aspectos problemáticos del tema tratado. Es posible reconocer cuatro “estrategias viciosas” a los que las industrias culturales y los órganos de información oficial recurren a menudo en el tratamiento de los asuntos étnicos.

El vicio más común es la exclusión, es decir aquella estrategia de selección de la información que, deliberadamente y concientemente, no presenta a la ciudadanía elementos noticiosos relacionados con temas, fenómenos y procesos percibidos como “incómodos” para los grupos editoriales que controlan los medios masivos. Es decir, una eliminación “desde arriba” de cualquier elemento que, a pesar de su interés público, no tenga perspectivas de venta o que, peor, no tenga la apreciación (esto es, el visto bueno) de las élites de poder.

El segundo “atajo” es la invisibilización. Se trata de un proceso más hipócrita, que tiende a borrar los rastros étnicos de la realidad, permitiendo que en la opinión pública se olvide la obvia consideración que, por una absurda paradoja, la mayoría absoluta de las víctimas y de los verdugos del continente pertenecen a sus minorías étnicas. Como reconoció justamente el profesor Jaime Arocha, el conflicto social, en Colombia y en todo el continente americano, se está “eticizando” (Arocha, 1992), lo que está demostrado por el dato cuantitativo puro: sin embargo los medios de comunicación nos informan acerca de una realidad muy diferente, en la cual parece que los únicos actores sociales dignos de atención son los miembros más integrados de la ciudadanía urbana (a pesar de que representen solo una escasa minoría de la realidad demográfica de esta esquina del “Sur del Mundo”).

El tercero vicio es la exotización, a través del cual se vuelve “fenómeno” el aspecto más superficial de las culturas indígenas, como en el caso de las formas híbridas de curación, ahora tan en boga en nuestra farándula criolla (Uribe, 2008). Los taitas “diplomados”, como ellos mismos irónicamente se definen, han encontrado

en los ciudadanos-consumidores de la cultura “hegemónica” (aquella que tendría que guiarlos de su estadio de barbarie hacia una no bien especificada civilización) una comunidad heterogénea de personas dispuestas a una confianza sin límites hacia “los misteriosos secretos de la selva”. Admitámoslo: lo indígena es “otro” y por esta razón nos atrae, sobre todo si es “chamanico”. Es así que, paradójicamente, los asuntos étnicos desaparecen en los periódicos de las páginas dedicadas a la política, la economía, la justicia o la cultura para volver a aparecer en las páginas de “farándula, chisme y estilo”, recordándonos que lo indígena está de moda, en estos días: los estilistas usan sus dibujos geométricos para ornar vestidos y accesorios, los diseñadores crean objetos basados en su gráfica “ancestral”, los adolescentes quieren tatuajes “tribales”, los amantes quieren pasiones “salvajes” y los turistas quieren vacaciones “exóticas”. Esta exotización pero, no es nada más que una operación a través de la cual se quita el aspecto problemático de la cuestión (con un simple golpe de borrador) para dejar a la vista su lado más atractivo, interesante y “vendible”. Una versión posmoderna y “pop” de aquel racismo y aquella discriminación que parecen haber sido el legado ideológico más triste del siglo apenas terminado.

El cuarto y último atajo es el sensacionalismo, un vicio del cual se tiene evidencia cada vez que se revela algún “descubrimiento” en el marco de los asuntos étnicos. Cíclicamente estamos acostumbrados a la aparición de servicios periodísticos y “scoop sensacionales” acerca de una que otra “tribu perdida” en una de las tantas selvas de este continente. Este sensacionalismo a toda costa, debido a la mercantilización de las noticias que menoscaba la profundización que necesitaría todo producto periodístico, nos hace olvidar que, muy probablemente, estas comunidades indígenas más que “perdidas” deberían ser consideradas como “sobrevividas”: es ilógico pensar que se hayan perdido en aquellas que siempre fueron sus selvas, sus panoramas naturales y sus territorios ancestrales.

Estos atajos han acostumbrados nuestras audiencias pasivas a no buscar, no analizar, no investigar ni criticar acerca de los aspectos problemáticos de esta realidad. La “banalidad” del mal no se encuentra en las manos criminales que cometen directamente una injusticia: se encuentra en el silencio de ciudadanías enteras que, excusándose por su desinformación, permiten que se perpetren cada día más crímenes y que queden impunitos.

3. ASUNTOS ÉTNICOS Y ESTEREOTIPOS

Hace algunas semanas leí una columna de opinión aparecida en el importante diario limeño “El Correo” en la cual su autor, el opinionista Andrés Bedoya, se dedicaba a responsabilizar los “chunchos” (los indígenas, en el vocabulario de Bedoya) por el contexto de subdesarrollo vigente en Perú (Bedoya, 2009). En las palabras del respetado columnista, los “paleolíticos” que habitan los territorios rurales de la nación *“apenas chancan el castellano”* y *“sus lenguas nativas no pasan de ochenta vocablos”*: son ellos, en fin, el principal obstáculo para la modernidad a la cual tienen derecho los peruanos. La argumentación del periodista se basa en todos aquellos atajos que acabamos de revisar, resucitando el fantasma del “indio malo, caníbal y reductor de cabezas” que fue tan útil para las matanzas caucheras que mancharon de sangre las selvas del continente a comienzos del siglo pasado (Pineda, 1995). Un fantasma inexistente, como nos demuestra la literatura antropológica latinoamericana desde hace más de medio siglo (Serje, 2008). Los “reductores de cabeza” sirven a las empresas capitalistas para justificar las ocupaciones y las “limpiezas étnicas” (genocidios, en la jerga jurídica) en aquellos territorios considerados estratégicos por su riqueza de recursos naturales o por su posición geográfica específica. Son las mismas empresas que, a través de las industrias culturales (y de periodistas como Bedoya) se encargan de “socializar” el enemigo, de manera que el “indio” se vuelva el contrincante no solamente de las corporaciones, sino también -y sobre todo- del ciudadano común y corriente, poco dispuesto a sacrificar su bienestar individual y su necesidad de consumo al altar de la justicia social y ética.

El periodismo latinoamericano, en este sentido, ha desarrollado imaginarios polarizados acerca de las realidades étnicas del continente, presentándolos, a la vez, según lo exijan los objetivos de ventas de las empresas mediáticas: de un lado el indígena exotizado, víctima de una maldad (o maldición) histórica e incontrovertible, y de otro lado el indio salvaje que se obstina a impedir el natural

desarrollo de la Historia (otra vez, en mayúscula). En el primer caso, tenemos un periodismo de “pornomiseria”, lo zoom listo a enfocar las lagrimas de los “pobrecitos”: un periodismo victimofilo y victimofago, que se nutre de sufrimiento para encontrar su razón de existir. En el segundo caso, tenemos un periodismo racista (porque ignorante) que se obstina (él) a no entender que los indígenas del continente no se van de sus tierras ancestrales para dejar espacio al “desarrollo” exactamente porque esas tierras son suyas. *Mutatis mutandis*, es obvio que a nadie le gustaría que unos desconocidos le ocuparan el apartamento donde vive, la cama donde duerme o el baño en que se asea.

Esta falta de profundidad se ha escondido a través de la construcción de imágenes “totémicas” que tranquilizan los espíritus de las audiencias más bienpensantes y supuestamente emancipadas. A esos tótem han sido asociadas calidades y virtudes que, en un proceso que los psiquiatras definen contra-transferencia, funcionan como catalizadores catárticos para los males del mundo. Al fin y al cabo son “empaques” que sirven para definir de manera unívoca y sencilla las grandes categorías experienciales. De esta manera, el indígena (ese “otro” que nunca nos atrevimos a conocer) se asocia con factores como la sabiduría, la ingenuidad, la malicia, la creatividad, la mística, la naturaleza, el medio ambiente. Son estereotipos, nada más: y sirven para que las industrias culturales no se sientan culpables y para que las audiencias no perciban el engaño. Esos estereotipos, inducen en las ciudadanías actitudes esquizofrenias hacia los pueblos indígenas que son evidentes en el caso de aquellos que los medio de información definen “conflictos ambientales”.

Miramos el caso de la política de conservación total del bosque vigente en Colombia, que ha generado una fuerte contradicción entre las necesidades de sus pobladores y las funciones que el Estado ha asignado a estos territorios (Correa H., 2004). La finalidad social de los bosques, en este sentido, es entendida por las instituciones en términos de posibilidades económicas directas, a través de la

explotación de sus árboles y de sus productos no maderables, de la modificación del uso de sus suelos y, sobre todo, transformando el sitio en “objeto turístico”. Ya en 1964 el sociólogo australiano John Forster había advertido a los lectores del *International Journal of Comparative Sociology* acerca de las posibles consecuencias sociológicas del turismo así llamado “ecológico” que, en casos como aquello en examen, se sustenta en una verdadera “cosificación” de la naturaleza, la cual se transforma así en una pieza de museo, detrás de una vitrina representada por los confines de un parque, cuyo acceso –monetarizado- está restringido, de hecho, a sus pobladores ancestrales, en un paulatino proceso de mercantilización de la naturaleza (Forster, 1964). Casi cuarenta años después, su colega estadounidense Charles Geisler, desde las páginas de la *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, una importante publicación editada por la UNESCO, aplicaba estas reflexiones al caso de los parques naturales, observando que “el desarrollo de áreas protegidas tiene por objeto administrar la diversidad biológica, mas a la vez es un bien de “exportación” que atrae divisas, infraestructuras e inversiones en cantidades significativas que forman parte del paradigma clásico del desarrollo” (Geisler, 2003). El autor relacionaba estos factores observando cómo la política de conservación de un área protegida constituye muchas veces una estrategia de desarrollo en sí misma, una forma de “megaproyecto” que encierra un potencial de desplazamiento impresionante, contribuyendo, por las limitaciones que impone, al empobrecimiento de sus pobladores (ver también Gellert, 2003). Este problema ha inducido a la comunidad internacional, y a las Naciones Unidas en particular, a implementar una política específica de protección y tutela de los llamados “refugiados ambientales” (*environmental refugee*) lo que demuestra la importancia del tema y su relevancia a nivel global (McNamara, 2006).

Todo esto podría parecer incongruente, sobre todo si se tiene en cuenta que los sistemas tradicionales de aprovechamiento de los recursos naturales –y principalmente aquellos de origen indígena- siguen siendo considerados los más

sustentables en términos de conservación medioambiental, como lo ha demostrado un importante estudio aparecido en 2001 en la revista *Land Economics* (Nelson et al., 2001. Véase también WRM, 2002). En efecto, la filosofía indígena tradicional, o mejor su “*ecosofía*”, no opera una real distinción de funciones entre el hombre y el medio ambiente que lo hospeda. En su constante búsqueda del equilibrio ambiental, los nativos americanos han actuado durante siglos siguiendo un complejo sistema ético dirigido a moderar el aprovechamiento de los frutos de la naturaleza totalmente opuesto a la concepción toda moderna de recurso natural que, como ya se ha explicado, implica una relación de uso del medio ambiente que deja de lado cualquier valoración distinta de aquella meramente comercial.

A la luz de estas consideraciones, se puede entender por qué en los últimos años la sociedad civil ha apoyado la causa indígena y sus reivindicaciones ambientales a nivel global: las poblaciones nativas están emergiendo como los mejores guardianes de la biodiversidad del planeta (Nazarea, 2006). Un sinnúmero de entidades públicas y asociaciones privadas se ha apropiado, de esta manera, del “*discurso indígena*” y, tal vez sustituyendo a los mismos nativos, ha adquirido un importante poder de decisión y de representación, sobre todo en virtud de los pretendidos mayores conocimientos técnicos poseídos por sus funcionarios que, supuestamente, tendrían que estimular el “*desarrollo*” de los grupos indígenas en dificultad (Serje, 2003).

Pero, paradójicamente, los medios de información no dan cuenta de esta realidad, quedando en un “limbo” de supuesta neutralidad que no sabe denunciar el escándalo que es manifiesto en más de la mitad del territorio colombiano (y, con porcentajes diferentes, en casi todo los países del continente): en función de los intereses (y del bienestar) de la ciudadanía urbana, se están transformando los territorios indígenas en parques “museo” o, peor, en parques de diversión, dejando de un lado el hecho que para permitir que unos pocos puedan transcurrir sus

vacaciones en “paraísos eco-turísticos”, se están desplazando de sus tierras ancestrales a un numero incalculable de personas. La injusticia es evidente. Los periodistas siguen en silencio.

4. LA MORAL PERIODÍSTICA “ENTRE ÉTICA Y ÉTNICA”

La fragilidad de los sistemas de información latinoamericanos y su casi total sometimiento a las exigencias de los mercados económicos y financieros globales está literalmente acorralando a los periodistas del continente, limitando su capacidad de ejercer de manera responsable y ética las labores de investigación asociadas a su oficio.

Es de esta manera que se han generado legiones de periodistas que, en nombre de aquel oxímoron que es la “pax mafiosa”, han encontrado una respuesta (negativa) a la pregunta “¿vi o no vi?”, manchándose por cobardía de crímenes que hubieran podido denunciarse (y tal vez evitarse). La complicidad de esos periodistas ha justificado la existencia de quienes, más radicales, han asumido tonos discriminantes (hasta racistas) con el objetivo de favorecer la polarización y el conflicto social. A poco sirven los esfuerzos de aquellos periodistas que en Francia definen “BoBo” (*Bourgeois bohémiennes*, burgueses bohemios) y que, a pesar de sus actitudes formalmente críticas, se defienden con el escudo de la “neutralidad periodística” para no denunciar de manera efectiva las injusticias de las cuales tienen conocimiento. Son aquellos que se limitan a informar más que a comunicar (Ramonet, 2001). Afortunadamente, existen todavía muchos periodistas (no son legiones, pero son suficientes) que creen que la primera responsabilidad de un profesional de la información crítica sea aquella de controlar las fallas y los puntos débiles del sistema, para construir un clima de real justicia social. Los periodistas asumen, de esta manera, el papel de “vigías” (*watchdog*, en inglés) dispuestas a vigilar el incumplimiento del “contrato social” por parte del Leviatán, a través de una acción de veeduría ciudadana constante y minuciosa.

Finalmente, hay que recordar una forma más radical de periodismo comprometido: se trata de aquellos casos en que el corresponsal se vuelve “escudo humano” de sujetos o grupos de personas amenazadas. La estrategia se basa en la

consideración que “matar a un periodista es siempre un complique” y que este factor pueda funcionar como marco de disuasión para quienes quieran perpetrar acciones criminales.

El asunto de la ética profesional se ha vuelto de nivel moral, es decir, individual. Creo que esto se deba, al fin y al cabo, a la inexistencia de todo tipo de impulso u instancia ética que tenga una real vigencia en el campo del periodismo. La ética, según los antiguos filósofos griegos, es una consideración que puede considerarse universal en y para todos los ciudadanos: ¿pero existe quizás una práctica común a todos los periodistas colombianos o latinoamericanos en el desarrollo de su oficio?. La respuesta no puede que ser negativa, hoy en día. Quizás existió un lugar y un tiempo en que sí, todos los periodistas eran honestos, laicos, atentos a buscar y verificar el mayor número posible de fuentes, preparados para investigar y correctos cuando había que denunciar: esto es, periodistas sujetos a unas normas éticas y humanas. Sin embargo, no es esta la realidad. El periodista latinoamericano ha sido abandonado a su moral: si la tiene, su trabajo responderá a los cánones éticos que antes citaba; si no la tiene, se limitará a informar según lo requieren las directivas editoriales (es decir comerciales) del medio en que se desempeña.

5. LAS SOLUCIONES PLAUSIBLES

Esta rápida revisión de los vicios (muchos) y virtudes (pocas) del periodismo que se ejerce cotidianamente en el continente no quiere quedarse una mera “lamentación de Jeremías”, estancada en su *pars destruens*. Toda revisión, si constructiva, puede contribuir en el mejoramiento de algunas practicas. Y es esto, si posible, el objetivo de esta ponencia.

En primer lugar, considero que toda medida de “discriminación positiva”, en este caso, no tenga cabida en función del criterio “paternalista” que subyace a estas prácticas. Una medida de este tipo necesitaría un soporte legal que, en vez de integrar las ciudadanías, permitiría la aplicación de una lógica de “geometrías variables” que no facilitaría de ninguna manera la resolución de conflictos generados por las disparidades de nuestras democracias mediáticas.

En segundo lugar, mi experiencia profesional y docente me aconsejaría de mirar a estrategias *bottom-up* (desde abajo) que, en vez de buscar un control institucional *-top-down*, desde arriba- sobre la información (con el obvio riesgo de poderse dejar tentar por las derivas de la censura), se esfuerce de generar en los mismos periodistas unas competencias que les permitan ejercer de manera digna y moral su oficio.

Para alcanzar esta meta, es necesario comenzar a trabajar en los mismos centros de formación profesional y académica, los cuales deben dar cuenta de la realidad multiétnica y multicultural del continente y deben entrenar sus estudiantes para que desarrollen las capacidades necesarias a investigar y denunciar, de manera competente, las injusticias de las cuales llegaran a ser testigos. Una competencia que debe ser también terminológica, como nos recuerdan justamente los periodistas de la Corporación Medios Para la Paz (Castro Caicedo et al., 2001). Las mismas Universidades, en función de su misión como “centros de

construcción social”, deberían fomentar la constitución de grupos de investigadores dedicados a funciones de veeduría ciudadana y de observación de medios para analizar, de manera informada y científica, el discurso que se produce alrededor de las minorías étnicas a través de las industrias culturales. Se necesitaría también un mayor esfuerzo para la capacitación de los periodistas en la ejecuciones de tareas “en el terreno”, aquel trabajo de campo (como lo definen de manera más precisa los antropólogos) que queda el único contacto entre quien informa y la realidad.

El desarrollo oportuno de redes y comunidades de periodistas, dirigidas al intercambio de información sobre un principio de solidaridad y justicia, no puede que facilitar estos procesos, y la existencia de una “realidad Web 2.0” vuelve este reto más fácilmente alcanzable. Las nuevas herramientas tecnológicas que tienen a disposición los periodistas permiten la creación y la gestión de medios comunitarios que, por su economía y sencillez de uso, pueden contribuir a “empoderar” comunidades y grupos humanos alejados de los centros urbanos. Las nuevas formas de periodismo étnico, público o cívico (Merritt, 1997; Miralles, 2006) se basan exactamente sobre estas plataformas informáticas para poder dar voz a los ausentes de la arena pública, los miembros silenciados de las democracias imperfectas del continente (Merkel, 2001).

En fin, hay que ser optimistas. Como reconocía justamente el filósofo italiano Antonio Negri, el “Imperio” –esta especie de Leviatán posmoderno- lleva, así como el capitalismo de Marx, una incongruencia *in nuce*: facilita a las “multitudes” (los movimientos, redes y comunidades sociales) las mismas herramienta que sirven para desarmarlo (Negri, 2000).

6. REFLEXIONES FINALES Y CONCLUSIONES

“No creo en el periodismo que se llama a sí mismo impasible, tampoco en la objetividad en su sentido formal. El periodista no puede ser un testigo impasible, debe tener eso que en psicología se llama empatía. Por eso el llamado periodismo objetivo, desapasionado, no puede existir en situaciones de conflicto” (Restrepo, 2007: 54)

En la actualidad, es posible identificar una preocupación latente entre muchos comunicadores alrededor de su responsabilidad social, es decir de su competencia en la gestión de la información como bien social. La abundancia – hasta la sobreabundancia- de informaciones, la rapidez que necesita su tratamiento, así como su mercantilización son los factores que, hoy en día, minan la independencia y la capacidad de construcción social del comunicador y, especialmente, del periodista. Las presiones de tipo político y económico por las que atraviesa el periodismo han hecho que los periodistas hayan dejado de lado el cumplimiento de su función principal: acercar a los ciudadanos a la información necesaria para que puedan tomar mejores decisiones, orientarse en la vida pública y conocer aquello que no pueden vivir en forma directa, así como controlar a quienes ejercen el poder. Los factores mencionados han conllevado, entre otras cosas, al sacrificio de la calidad por la inmediatez, a confusiones y falta de credibilidad por parte de los lectores, a la ausencia de verificación de datos, y, a un afán de sensacionalismo a través de imágenes y sonidos que parece ser el modelo que imponen las grandes cadenas periodísticas.

Esta breve reflexión ha querido mostrar como en este contexto las “inmensas minorías” del continente latinoamericano han tenido que sufrir los efectos más perversos y las incongruencias de nuestro sistema socioeconómico. Un sistema que ha permitido, apoyándose en la comunicación instrumental de las industrias culturales y de los medios masivos, que los indígenas (un tiempo amos y señores

de este continente) pero también los afrodescendientes (que, en el caso de Colombia, Brasil, Venezuela y la casi totalidad de los países centroamericanos representan la mayoría estadística de la población) sufrieran no solo la violencia directa de la brutalidad conquistadora, sino también aquella cultural que se basa en la discriminación y aquella estructural de la exclusión.

En este sentido la intención de esta ponencia ha sido aquella de mostrar que, afortunadamente, contamos con medios y formas que pueden invertir estas tendencias, propiciando propuestas de comunicación realmente incluyente. Estoy convencido que los tiempos, las culturas e incluso las tecnologías exigen que el periodista deje su rol de ente aislado y “objetivo” que se ocupa de la mera transmisión de los hechos para convertirse en un actor importante de la vida pública que incorpore a la gente como ciudadanos, propicie el debate público y además, sirva de puente y de herramienta de control ante los actores políticos de tal manera que su contribución trascienda el simple hecho de informar. En América Latina, cada vez y con mayor fuerza el periodismo está llamado a ser consciente de que es una pieza clave en la construcción de la paz comunitaria colaborando en la construcción de vínculos que permitan que aflore el diálogo, un diálogo que promueva la reconciliación, el respeto y la participación; y que, asimismo sea un veedor de los poderes, un animador en la conquista de derechos, un denunciante de formas de injusticia y un buscador de soluciones pacíficas.

Espero, finalmente, que este trabajo haya podido contribuir a generar un nuevo debate: la construcción de la paz necesita perspectivas novedosas y, ¿porque no?, utópicas...

BIBLIOGRAFÍA

- Achbar, Mark y Abbott, Jennifer. (dir.). (2003). *The Corporation: The Pathological Pursuit of Profit and Power*. Achbar, Mark (prod.); Joel, Bakan (guión). Big Picture Media Corporation: 2.53.
- Arocha, Jaime. (1992). "Los Negros ante la Nueva Constitución colombiana de 1991 ". En *América Negra*, 3: 39-56.
- Bedoya Ugarteche, Andrés. (2009). ¡Pobrecitos chunchos! y otras torpezas. En *El Correo de Lima*, (13 de junio). Sección "Columnas", La ortiga. Consultado el 14 de junio de 2009 en <http://www.correoperu.com.pe/>
- Castro Caicedo, German; Villamizar, Darío; Restrepo, Andrés y Guerrero, Arturo. (2006). *Diccionario para Desarmar la Palabra*. Bogota: Corporación Medios para la Paz – Planeta. Consultado el 10 de junio de 2008 en <http://www.mediosparalapaz.org>
- Chomsky, Noam y Ramonet, Ignacio. (1995). *Cómo nos venden la moto: información, poder y concentración de medios*. Barcelona: Icaria Editorial
- Conrad, Joseph. (2004). [1898]. *El corazón de las tinieblas: con el diario del Congo*. Barcelona : Ediciones Folio.
- Correa, Hernán Darío. (2004). "La política de Parques con la Gente, el conflicto armado interno y el gobierno de la Seguridad Democrática". En Cárdenas Martha y Becerra Manuel. (ed.). *Guerra, sociedad y medio ambiente*. Bogota: FNA, pp.253-296.
- Forster, John. (1964). "The Sociological Consequences of Tourism". En *International Journal of Comparative Sociology*, vol. 5, pp. 217-227.
- Galeano, Eduardo. (2005). *Úselo y tírelo: el mundo visto desde una ecología latinoamericana*. Montevideo: El Chanchito.
- Geisler, Charles. (2003). "Las expulsiones en el Paraíso Terrenal: un nuevo tipo de problema". En *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, N° 175. Consultado el 2 de junio de 2007 en <http://www.unesco.org/issj/rics175>.

- Gellert, Paul y Lynch, Barbara. (2003). Los megaproyectos como desplazamientos. En Revista Internacional de Ciencias Sociales. N° 175. Consultado el 2 de junio de 2007 en <http://www.unesco.org/issj/rics175>.
- Marx, Carlos (Karl). (2000). [1867]. El capital: crítica de la economía política. México: Fondo de Cultura Económica.
- McNamara, Karen Elizabeth. (2006). The politics of “Environmental Refugee” Protection at the United Nations. PhD Thesis. Sidney: University of New South Wales.
- Merritt, Davis “Buzz”. (1997). “Periodismo público: nuevas respuestas a preguntas clave”. En *Cuadernos de información*, N°12: 51-55. Consultado el 22 de junio de 2008 en http://fcom.altavoz.net/prontus_fcom/site/artic/cuadernos/12/05.pdf
- Merkel, Wolfgang y Croissant, Auriel. (2001). “La Democracia defectuosa como régimen político: instituciones formales e informales”. En Máiz Suárez, Ramón. (coord.). *Construcción de Europa, democracia y globalización*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago, pp. 119-150.
- Miralles Castellanos, Ana María. (2006). *Periodismo público en el ámbito del desarrollo municipal y local*. Panamá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina. Consultado el 22 de junio de 2008 en www.c3fes.net
- Nazarea, Virginia. (2006). “Local Knowledge and Memory in Biodiversity Conservation”. En *Annual Review of Anthropology*, vol. 35, pp. 317-335.
- Negri, Antonio y Hardt, Micheal. (2000). *Empire*. Cambridge: CUP
- Nelson, Gerald; Harris, Virginia and Stone, Steven. (2001). “Deforestation, Land Use, and Property Rights: Empirical Evidence from Darién, Panama”. En *Land Economics*, vol. 77, N° 2 (Tropical Deforestation and Land Use), May, pp. 187-205.
- Pareto, Vilfredo. (1968). [1916]. The rise and fall of the elites : an application of theoretical sociology. New York : Bedminster.

- Pineda Camacho, Roberto. (ed.). (1995). El libro rojo del Putumayo: precedido de una introducción sobre el verdadero escándalo de las atrocidades del Putumayo. Santafé de Bogotá : Planeta
- Porto-Gonçalves, Carlos Walter (2006). “A Reinvenção dos Territórios: a experiência latino-americana e caribenha”. En Ceceña Ana. (ed.). *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado*. Buenos Aires: CLACSO, pp.151-197.
- Ramonet, Ignacio. (2001). “Comunicación contra información”. En *Sala de Prensa*, Año III, 2, (abril). Consultado el 20 de junio de 2008 en <http://www.saladeprensa.org>
- Restrepo, Javier Dario. (2007). “Periodismo y Ética”. En *Revista Javeriana*, 732 (Marzo): 54-60.
- Romero, Mauricio. (2003). *Paramilitares y Autodefensas*. Bogota: IEPRI – Planeta.
- Serje, Margarita. (2003). “Malocas y Barracones: Tradición, Biodiversidad y Participación en la Amazonia Colombiana”. En *Revista internacional de ciencias sociales*, 178. Consultado el 3 de marzo de 2007 en <http://www.unesco.org/issj/rics178>.
- Serje, Margarita. (2005). *El revés de la Nación: Territorios salvajes, fronteras y tierra de nadie*. Bogota: Universidad de Los Andes.
- Serje, Margarita. (2008). “Bibliografía introductoria a las antropologías latinoamericanas”. En *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Bibliografías, 2008. Consultado el 13 octubre 2009 en <http://nuevomundo.revues.org/index42783.html>.
- Uribe, Carlos Alberto. (2008). El yajé, El Purgatorio y la Farándula. En *Revista Antípoda*, 8, (Enero – Julio): 113 - 131
- Villa, William. (2005). Violencia política contra los pueblos indígenas en Colombia (1974-2004). En *Revista Semillas*, 24, (junio). Consultado el 29 de noviembre de 2007 en <http://www.semillas.org.co>.

- WRM - World Rainforest Movement. (2002). "Panamá: Protected areas vs. indigenous peoples". En *WRM's bulletin*, 57, (April). Consultado el 14 de enero de 2007 en <http://www.wrm.org.uy/bulletin/57/Panama.html>.